

Como los hombres, oh rosal, sin duda.

Como ellos, preferieras

Para bien florecer las ricas casas,

Y desiertas

Dejaras las paredes de los pobres.

Pero **no** eres así.

La dulce tierra

Te basta en cualquier parte y te es lo mismo:

Para tu suerte, acaso, tú preferias

Las modestas casuchas donde luces

Mejor, enredadera:

Único adorno que no cuestas nada...

(El agua, buenas rosas, todavía

Se baja de los cielos sin gabelas.)

En las bellas mañanas, cuando miras

Las ventanas abiertas,

Tus brazos verdes y jugosos buscan

El espacio sin vidrios y penetran

Al interior del cuarto: —¡Buenos días!

Tus corolas intentan

Decir con sus rosados labiezuolos.

Luego, si muy risueño

Se te acerca

El niño sucio de azulados ojos

Y carnes prietas,

Te haces el que no entiendes y no miras;

Pero entiendes y miras, y le sueltas

Con mucho disímulo,

Como quien no quisiera,

Sobre sus rizos de oro, una corola

Sabíamente deshecha.

El niño, entonces, de suburbio, luce

En la rubia cabeza

La corona divina. No la siente

Porque nada le pesa.

Y como un Eros haraposo canta

Y corriendo se aleja.

MI HERMANA

Son las diez de la noche; en el cuarto en
[penumbra
mi hermana está dormida, las manos sobre el pecho;

es muy blanca su cara y es muy blanco su lecho.
Como si comprendiera, la luz casi no alumbraba.

En el lecho se hunde a modo de los frutos
rosados, en un hondo colchón de suave pasto.
Entra el aire a su pecho y levántalo casto
con su ritmo midiendo los fugaces minutos.

La arropo dulcemente con las blancas cubiertas
y protejo del aire sus dos manos divinas;
caminando en puntillas cierro todas las puertas,
entorno los postigos y corro las cortinas.

Hay mucho ruido afuera, ahoga tanto ruido.
Los hombres se querellan, murmuran las mujeres;
suben palabras de odio, gritos de mercaderes.
Oh, voces, deteneos. No entréis hasta su nido.

Mi hermana está tejiendo como un hábil gusano
su capullo de seda: su capullo es un sueño.
Ella con hiló de oro teje el copo sedeño:
primavera es su vida. Yo ya soy el verano.

Cuenta sólo con quince octubres en los ojos,
y por eso los ojos son tan limpios y claros;
cree que las cigüeñas, desde países raros,
bajan con rubios niños de piececitos rojos.

¿Quién quiere entrar ahora? Oh, ¿eres tú, buen
[viento?

¿Quieres mirarla? Pasa antes, en mi frente,
entíbiate un instante; no vayas de repente
a enfriar el manso sueño que en la suya presiento.

Como tú bien quisieron entrar ellos y estarse
mirando esa blancura, esas pulcras mejillas,
esas finas ojeras, esas líneas sencillas.
Tú los verías, viento, llorar y arrodillarse.

Ah, si la amáis un día, sed buenos, porque huye
de la luz si la hiere. Cuidad vuestra palabra,
y la intención. Su alma, como cera se labra,
pero, como la cera, el roce la destruye.

Haced como esa estrella, que de noche la mira
filtrando el ojo de oro por cristalino velo;
esa estrella le roza las pestañas y gira
para no despertarla, silenciosa en el cielo.

Volad si os es posible por su nevado huerto:
¡Piedad para su alma! Ella es inmaculada.
¡Piedad para su alma! Yo lo sé todo, es cierto,
pero ella es como el cielo: ella no sabe nada.